

el argentado obelisco,
la plata, que entre esmeraldas
más bella hace las sombras,
bordadas te ofrece alfombras
que no se atreve á guirnaldas.
Aquí las fieras rendidas
postradas vienen...

D.^a BLAN. Y aquí
no han de decirse á mí
lisonjas tan atrevidas.
No os cieguen vanos intentos
de quien ofenden las señas,
si no queréis que estas peñas
despeñen atrevimientos.

CONDE. (A Sancho.) Sancho ¿qué es esto?

SANCHO. Porfia
que disimula, y con ello
acuérdate dese sello,
que es tu cabeza y la mía.

CONDE. Cobarde quedo.

SANCHO. En amor
se pierde todo cobarde.
(El Rey al portador de los pliegos.)

REY. Descansá, y vedme esta tarde.

CABALL. Beso vuestros pies, señor. (Vase.)

REY. (Al Conde.) Quien eres quiero saber,
y á mi servicio disponte.

CONDE. La vida me dió este monte,
su hijo debo de ser.
Aquí, señor, me he criado
en este humilde ejercicio,
y moriré en tu servicio,
menos libre, más premiado.
(Aquí me importa fingir
lo que no soy ni seré,
pues esta vida que hallé
ha sido para morir.)
Con más valor que fortuna
(que huye siempre y se olvida
del merecer) vió mi padre
la guerra; venció infinitas.
Soldado fué muchos años,
tuvo otras tantas heridas
en el pecho, porque espaldas
dicen que no las tenía.
Asaltó, rompió murallas,
ganó plazas defendidas,
tal vez con sus armas propias,
muchas venciendo enemigas.
Fué siempre soldado pobre,
y de banderas moriscas
guarneció templos cristianos,
desguarneciendo mezquitas.
A los reyes de Aragón
sirvió, donde se decía
que él sólo echaba de España
las africanas reliquias.
Fué comunmente estimado,
sin alcanzar en su vida
ni á ser cabo de una escuadra,
rigor de su estrella misma.
Viendo que vencer no pudo
el hado en tan largos días,
colgó las armas sangrientas,
que así parecen más limpias,
y habiendo dado á mi madre
blancas y fúnebres piras,

última casa del mundo
y más cierta que temida,
retiróse á estas montañas
al tiempo que ya á porfia
venimos los dos cargados
de años él, yo de desdichas.
Fué mi maestro; enseñóme
á huir la compañía
de los hombres, que las fieras
tuvo por menos esquivas.
Murió, quedé en verdes años,
y obligaciones precisas
me hicieron diestro en el arte
de esta montaraz milicia.
Hirióme una fiera airada,
y casi de la otra vida
me volvió el alma un pastor,
que el curar consiste en dicha.
Este tengo por amigo,
que entre estas peñas vecinas,
huyendo de la ciudad
seguros bienes cultiva.
Coge verdades en flor,
guirnaldas de verde oliva,
con que le premian virtudes
que en la corte se castigan.
Permite, invicto señor,
que en estos montes te sirva,
no en la corte, de quien dicen
que tiene malas salidas.
Allá, sin favor del Rey,
os atropellan y pisan,
y si el Rey os favorece,
os han de quitar la vida.

D.^a BLAN. ¿En la dicha te acobardas?
¿Qué es lo que tienes?

CONDE. Podría
si llegase á ser dichoso,
dar de mis dichas envidia,
que es la desdicha mayor.

D.^a BLAN. Justo es, señor, que te sirvas
de hombre tan bien entendido.

REY. Tengo bastantes premisas
de que acierte mi elección
en llevarle.

D.^a BLAN. Determinas
cuerdamente, que los reyes
dan lustre, dan hidalguías,
y es poder mucho hacer grande
á quien tan chico se humilla.

REY. ¿Es aquél el labrador
filósofo?

SANCHO. Soy alquimia.
De las artes no sé más
que guardar esta costilla,
por ser hueso de mis huesos,
aunque no mi carne misma.
¿Es tu mujer?

REY. Sí, señor.

SANCHO. Vamos.

REY. La amistad sencilla
de Sancho siento perder.
¿Mandas que en mi compañía
lo lleve?

REY. Vaya conmigo.
(Vanse todos, menos Sancho y su mu-
jer.)

ESCENA VIII

SANCHO y TIRRENA.

SANCHO. ¿Yo á la corte? No, en mis días.

TIRRENA. Sancho, ¿y si lo manda el Rey?

SANCHO. Ya os tiene desvanecida
la corte y sus embelecos.

TIRRENA. Allá he de ir.

SANCHO. Como á Turquía.

TIRRENA. Vamos á la corte, Sancho.

SANCHO. No, sino al infierno.

TIRRENA. Viva
mil años yo-entre sus penas,
y entre estas flores, ni un día.
(Vanse los dos.)

ESCENA IX

La REINA DE ARAGÓN, NUÑO y RICARDO.

RICARDO. El secreto se guardó
como mandaste, de suerte
que desconoció la muerte
las manos en quien llegó,
valerosas y advertidas.

NUÑO. ¡Fuerte rigor!

REINA. ¿En efeto
murió?

RICARDO. Con igual secreto
si no hablaron las heridas.
De una montaña en la falda
víctima á tu honor le ofreces
atravesado mil veces
del traidor pecho á la espalda.

REINA. (Aparte.) Ya la piedad de mujer
quiere culpar mi rigor;
mas ¡ay, venganzas de honor,
qué fuerte es vuestro poder!

NUÑO. El pueblo teme en su muerte,
que era el Conde muy amado
de todos.

REINA. No os dé cuidado,
puesto que es airado y fuerte.
No se entienden con los reyes
las leyes, que su derecho
consiste siempre en el hecho
de las armas, no en las leyes.
Esta es la razón de Estado
que ensancha las monarquías.

RICARDO. Borrado, esperanzas mías,
tan ofensivo cuidado.
Locura es desesperar,
que en la fortuna que intento
tal vez el atrevimiento
ocupe el primer lugar.
¿Qué responde el Rey?

REINA. Abrí,
RICARDO. gran señora, vuestro pliego,
ví lo que ordenaba, y luego
á besar la mano fui
á Teobaldo, y sabe el cielo
que antes de hablarle quisiera
que el último paso diera
mi vida. Cúbreme un hielo
de imaginar que ha de oír
vuestra alteza su respuesta,
y á mí me aflige y molesta

pensar que la he de decir.
Recibiéronme en Pamplona
deslucidos hijosdalgo,
que del color de los reyes
se visten los cortesanos.
Eché menos por las calles
aquel general aplauso
que en las bodas de los reyes
suelen hacer los vasallos.
Vi las ventanas cerradas,
desocupados los pasos
más estrechos, los oficios
en su ejercicio ocupados,
Como si un villano fuera
de los Pirineos altos,
entré sin hacer rüido,
víéronme sin hacer caso.
Matáronme aquella noche,
sin ocasión, dos criados,
que mi guarda y tu respeto
se desconoció en palacio.
Hablar quise en mi embajada,
y suspendiólo Teobaldo
algunos días, que yo
juzgué por prolijos años.
Al fin, señalóme un día,
que el cielo cubrió de pardo,
que es justo que en sus ofensas
le vista el sol de villano.
Resuelto, en fin, gran señora,
como injusto, alevé y falso,
tu casamiento desprecia.
Llamó á mi verdad engaño;
díjome, sin querer ver
del mismo cielo el retrato
en el que yo le llevaba
de ese rostro soberano:
«Ya sé, Ricardo, que es fea,
no discreta, y de más años
que decís. No han de engañarme
pintores apasionados».
Respeto, vida y cordura
aventuré, y con la mano
puesta en la espada, más fiero
que baja el temido rayo...
Nuño te podrá decir
lo que dije.

NUÑO. ¡Bravo caso!

REINA. ¡que he de ayudarle á mentir!
Ya sé que tenéis, Ricardo,
valor. El Rey, ¿en efeto,
me desprecia, y en mi agravio
dice que soy vieja y fea?
No me ofrece desengaños
mi espejo, sino lisonjas,
que siendo amigo tan claro,
verdades que le pregunto
me ha negado algunos años;
no tantos como el Rey dice,
que se ha engañado, Teobaldo.
Ya busco satisfacción
á esta ofensa.

RICARDO. No la hallo,
sino es casarte.

REINA. Está bien.

RICARDO. Porque tu esposo gallardo
te vengue.

REINA. Ya hice elección.
 RICARDO. ¿De quién?
 REINA. Del mismo Teobaldo.
 El ha de ser mi marido,
 si los cielos, si los astros
 no lo niegan, y en su favor
 disponen ya lo contrario.
 ¿Quién me desprecia por fea?
 NUÑO. Éste es el mayor agravio
 que siente.
 REINA. Siendo su esposa,
 si no conoce su engaño,
 tendrá á lo menos castigo
 de verse necio y casado
 con la misma que desprecia.
 Alistense mis soldados,
 hagan los parches pedazos,
 del bélico son los ecos
 repitan los montes altos,
 y atemorizando el mundo,
 á Navarra ponga espanto,
 sabrán que el arnés luciente
 mejor que el cabello tranzo;
 que aún no la ha trocado el tiempo
 en plata de sus agravios,
 al oro que le enriquece
 de que ofendida me hallo.
 RICARDO. Oiga, advierta vuestra alteza
 que será más acertado
 que se case en Aragón,
 pues tiene tales vasallos
 que el amor de ellos excede
 en valor al Rey navarro:
 casada será mejor
 que se venga.
 REINA. ¿Y si entretanto
 me olvido de sus ofensas?
 RICARDO. Cásese luego.
 REINA. Ricardo,
 eso quiero hacer.
 RICARDO. Yo sé
 de alguno que iguala á cuantos...
 REINA. (Ap.) (Ya entiendo á este majadero,
 qué necio y qué confiado,
 quiere que le elija á él.)
 Vuestro consejo, Ricardo,
 estimo; casarme quiero,
 pero ha de ser con Teobaldo.
 RICARDO. Cielos, si mi vida os cansa,
 ¿para qué la guardáis tanto?
 (Vanse los tres.)

ESCENA X

El conde de Urgel; Sancho, de lacayo, vestido
 graciosamente; luego, un Criado.

CONDE. ¿Cómo te va, Sancho?
 SANCHO. Mal:
 el cielo me dé paciencia.
 CONDE. Hay, Sancho, gran diferencia
 desta seda á aquel sayal.
 SANCHO. Dios, Ramiro, os lo perdona,
 que yo me estaba mejor
 con mi sayo pecador,

1 Verso de nueve sílabas.

por más que el justo me entone.
 Decid ¿fue buena amistad
 engañarme?
 CONDE. ¿Qué te admira?
 SANCHO. O que fué aquello mentira,
 ó que no es esto verdad.
 CONDE. Diferente es mi suceso.
 Yo vine, Sancho, á morir.
 SANCHO. ¿Que en comenzando á servir
 pierdan en la corte el seso!
 Mas débese de llamar
 privanza, porque este viento
 los priva de entendimiento:
 esto pienso que es privar,
 pues con tener la subida
 incierta, si peligrosa,
 no tiene el mundo otra cosa
 de todos tan pretendida.
 No hay judiciario adivino
 que estas locuras concierte.
 CONDE. ¡Ay, Sancho! De aquella muerte
 que con valor peregrino
 me libró, fué por matarme
 con penas y con desdenes.
 SANCHO. ¿Ese es todo el mal que tienes?
 CONDE. Y de quien no sé librarme.
 SANCHO. Para estar más consolado
 en tu mal, yo te aconsejo
 que te mires al espejo
 del más dichoso casado.
 CONDE. Juzgué con bienes de amor
 en la luna mi fortuna.
 SANCHO. Bienes de amor, y en la luna,
 tendrán menguantes de honor:
 y pues hoy estás en ella,
 mandando el reino (que el Rey
 por su gusto, que es la ley
 que las demás atropella,
 te puso en tan gran privanza,
 que aun él mismo te obedece,
 y con él nadie merece
 más que de tu gracia alcanza)
 si no te quieres perder
 huye de amor, pues te advierto
 que es el camino más cierto
 de tropezar ó caer.
 CONDE. Al revés me aconsejabas,
 juzgando con otra ley.
 SANCHO. Eres muy pobre, y del Rey
 en obligación no estabas.
 (Un Criado con un papel y consultas.)
 CRIADO. Aquí tiene vuesañoría
 las consultas y un papel
 de su alteza.
 CONDE. Veré en él
 lo que manda.
 SANCHO. Cortesía
 sin ocasión y excusada.
 CONDE. Luego es razón que los vea.
 Dejame solo los dos.
 CRIADO. Gran ministro.
 SANCHO. Plegue á Dios
 que muchos años lo sea.
 (Vanse Sancho y el Criado.)

1 Verso de nueve sílabas: quizá deba leerse «vuesirias».

ESCENA XI

El conde de Urgel.

(Siéntase junto á un bufete en que hay
 recado de escribir, y abre el papel.)

(Lee.) «Con el rey de Castilla, Alfonso, tengo
 efectuado el casamiento de mi hermana. Ofre-
 cile en el contrato ciertas tierras que alega per-
 tenerle. Querría escribirle que tome la pose-
 sión de ellas, y señale el día de sus bodas. Fio-
 lo de vuestro ingenio; haceldo luego, y buscad-
 me en el cuarto de mi hermana.—Yo, el Rey.»

¡Hasta aquí pudo llegar
 mi dicha! No acierto en nada;
 ya está la sentencia dada,
 amor, morir ó olvidar.
 ¿Qué he de hacer? Quiero asistir
 á mi obligación: celoso,
 favorecido y quejoso,
 no he de acertar á escribir,
 que este espantoso cuidado
 me acabarda. Quiero hacer
 la cruz: pesada ha de ser,
 si la del alma traslado.

ESCENA XII

El conde, escribiendo, y sale la infanta, y desde
 aparte le mira, y habla.

D.^a BLAN. (Ap.) La ocasión que he deseado
 hallé. ¡Qué temeridad
 intento! Honor, perdonad;
 por lo menos desde aquí
 veré donde me perdí
 á manos de mi piedad.
 Solo está escribiendo: quiero
 verle bien, que vivo apenas
 le ví. Desangradas venas,
 ¡cuán otras os considero!
 Sin duda que es caballero,
 que aquel talle, aquellas manos
 no nacen entre villanos;
 y si no es noble mi bien,
 príncipes hacen también
 los príncipes soberanos.
 Hidalgos, nobles y leyes
 hace el Rey, y vez alguna
 deja de ser su fortuna
 la voluntad de los reyes.
 Deja de seguir los bueyes
 con tardo paso el villano,
 y sin darle el Rey la mano,
 con sólo acordarse dél,
 ciñe su frente el laurel
 que no alcanzó el cortesano.
 Mucho importa, ó es amor
 lo que escribe y le suspende.

(Escribe el conde y dice.)

CONDE. «Vuestra majestad si entiendo»
 ¿hay disparate mayor?
 Si entiendo, dice en rigor: (Borra.)
 ¿es locura ó necedad?
 (Escribe.) «Sepa vuestra Majestad...»
 peor; que escriba es forzoso. (Borra.)
 ¿Qué diré? Que estoy celoso,
 y escribiré la verdad.

«Quise, obedeciendo...» Así
 comienza bien: «brevemente
 dar la posesión...» No intente
 mi pluma pasar de aquí,
 que posesión contra mí
 viene á ser todo; y en suma,
 porque volar no presuma
 ni alargue la pretensión,
 que tiene ya posesión
 escribieron lengua y pluma.

D.^a BLAN. (Ap.) Tal borrar... Yo he de saber
 que es esto: quiero llegar,
 que no puedo aventurar
 más que en dejarlo de ver.

CONDE. El papel he de romper
 pues posesión escribí. (Rompe.)

D.^a BLAN. Ramiro, ¿no estaba aquí
 mi hermano?

CONDE. Aquí me escribió
 que á tu cuarto fuese yo
 á hablarme y buscarme á mí.

D.^a BLAN. ¿Pues vos solo despacháis
 y escribis, ya tan privado
 del Rey, que en el mismo grado
 que él mismo el reino mandáis?
 Fineza es grande; priváis
 dignamente con mi hermano,
 que el buen ministro, esto es llano,
 del Rey aquellos efetos
 que quiere que estén secretos,
 han de pasar por su mano.
 Vuestra letra quiero ver:
 dadme ese papel.

CONDE. Señora,
 tú misma digiste ahora
 como el secreto ha de ser.

D.^a BLAN. Yo no pretendo leer.
 (Ap.) Honor, ¿dónde te abalanzas?
 borrones, rasgos, mudanzas,
 ya de plumas, ya de intentos.

CONDE. Para borrar pensamientos
 rasgaba las confianzas.
 D.^a BLAN. Rasgarlas no es valentía,
 sustentarlas, sí. ¿En la corte
 hay quien lo que vos importe,
 ni el sol al nacer del día?
 ¿Pensaréis que es bazarria
 desconfiar, estimado?

CONDE. Si me viera en ese estado
 condenara el desvario,
 pero pues yo desconfío,
 bien sé que soy desdichado.

D.^a BLAN. Lo que rasgáis quiero ver.

CONDE. ¿Juntar los pedazos quieres?

D.^a BLAN. Sí, que somos las mujeres
 muy amigas de saber.

CONDE. No acertarás á leer,
 por ser en esta ocasión
 la tinta de ese borrón,
 noche, aunque de sol presuma,
 de un ronco cisne la pluma,
 y el papel del corazón.

(Toma Doña Blanca los pedazos del pa-
 pel roto, y valos juntando y leyendo.)

D.^a BLAN. ¿Dice posesión? Sí, sí,
 que ya la tendréis entiendo:
 y aquí, quise, obedeciendo:

- brevemente, dice aquí.*
Ya vuestros borrones ví,
y pues os mandan amar,
obedecer y callar
es justo. (Ap.) (No acierta en nada,
quien busca desalumbrada
lo que no quisiera hallar.)
- CONDE. Eso que ves escribí
á Alfonso, su majestad.
- D.^a BLAN. La satisfacción le dad
á quien le importa, que á mi
no hay para qué.
- CONDE. Si es así
que el pecho, el alma tenías
en otra parte ¿qué vías
por tantas bocas abiertas,
sino unas entrañas muertas
sobre sus cenizas frías?
¿Por qué contra el bien de verte
suspende tu voz el viento,
no leona en darme aliento,
sino en procurar mi muerte?
Si es matar de cualquier suerte
fin del rigor más airado,
claro está que has deseado
mostrar que fué tu piedad
fin de otra mayor crueldad,
que el morir ya era pasado.
No es hazaña de estimar
de la deidad no ofendida
resucitar y dar vida
para tener que quitar.
(Ap.) (Amor me ha de despeñar
contra el sello que me dió
Sancho. «Quien habló, pagó.»
(Mira la sortija.)
Ya mudo quiero sentillo.)
- D.^a BLAN. (Ap.) (Olvidó Sancho el anillo;
mal el secreto guardó:
no me pesa.) ¿Todavía
hacéis borrones? ¿á quién
habláis?
- CONDE. A un soñado bien
que resucitó algún día
la muerta esperanza mía;
sueño al fin, y sueño leve,
si pudo en tiempo más breve
enriquecerme tan franca
fortuna con una Blanca
de jazmín, de rosa y nieve.
- D.^a BLAN. Borrado, que escribís sin tiento,
y rasgad la confianza
si es hija de la privanza
que os comunica ese aliento;
no pase el atrevimiento
á castigo. (Vase.)
- CONDE. A Dios pluguiera,
cielo hermoso, hermosa fiera,
que cuando me hallaste muerto
no honraras aquel desierto
y vivo que no te viera.

ESCENA XIII

El CONDE. Salga SANCHO á prisa y luego el RE Y.

- SANCHO. El Rey te busca.
REY. Ramiro.

- CONDE. Señor.
REY. Hablarte quería.
CONDE. Creces la fortuna mía
con los favores que admiro.
REY. Eres vasallo fiel.
CONDE. Tu esclavo soy.
REY. ¿Escribiste
á Castilla? ¿respondiste
á Alfonso?
- CONDE. Vi tu papel,
en que escribir me mandabas,
pero yo no me atreví.
REY. ¿Por qué ocasión?
- CONDE. Advertí,
aunque de mí lo fiabas,
que habiendo de ir de tu mano,
ningún ingenio es tan dino
por ser, si no eres divino
tan divinamente humano.
REY. Eres muy cuerdo. En efeto
debo estarte agradecido,
como por ser bien servido,
por mostrarme á ser discreto.
Bien dicen que está obligado
el Rey á tener consigo
un particular amigo,
y este ha de ser el privado.
En este lugar te tengo,
y pues hago confianza
del gobierno de mi reino,
del cuidado de mi casa,
solamente de tu ingenio,
que te ha llegado á mi gracia,
por tu estrella que me inclina,
por tu valor que me llama,
quiere fiarte, Ramiro,
todo el secreto del alma
para que estimes mi amor,
pues te obliga mi privanza.
Yo quiero bien á Violante,
reina de Aragón, por fama
de su belleza y virtudes,
aunque ésta tal vez engaña.
Quise casarme con ella,
y al tiempo que lo trataba,
enamorado y gozoso,
supe, ¡ay, cielos, qué desgracia!
que amaba al conde de Urgel;
aunque de su sangre y casa
pudo ofender su opinión,
que hasta los cielos llegaba.
En fin, el Conde atrevido,
necio amante, le dió causa
para mandarle dar muerte
quejosa de su alabanza,
pues publicó sus favores;
mas no pudo ejecutarla
con tan prudente secreto
que en Castilla, Italia y Francia
no lo supieron sus reyes,
que al mismo tiempo trataban
de su ilustre casamiento.
Burladas sus esperanzas,
todos dejaron, Ramiro,
pretensión tan engañada,
y en este tiempo Violante
á ser su esposo me llama.

- Si fué ofensa tú lo juzga,
y si debiera estimarla;
demás que supe también
que injustamente engañaban
los pinceles á mis ojos
con lisonjera alabanza,
puesto que es menos hermosa
que la pintan la distancia
que hay de Navarra á Aragón,
que nos dividió las almas.
- CONDE. ¿Qué extraña traición, señor!
No prosigas, que la agravia,
si bien su valor no ofendes,
aunque tu engaño dilatas.
Mintió el falso caballero
que la ofendió, no su fama,
que esta sube á las estrellas,
y pudiera estar más alta.
A las manos de la envidia
murió el Conde, no por causa
tan indigna de su nombre.
Honesta fué su privanza,
y tú estimarla debieras
para reina de Navarra,
si debo crédito justo
á cuantos della me hablan.
REY. ¿Pues pudiera yo casarme,
Ramiro, si hubo esta fama?
- CONDE. No, señor; que á tu grandeza,
como el mismo cielo intacta,
ha de ser en la opinión
quien la merezca, aunque estabas
obligado á averiguarlo.
- REY. Era hacer propia la causa,
y ajena me está más bien.
- CONDE. Digo, que por no agraviarla
tras la información primera,
tan sospechosa, acertaras
en procurar hacer otra
secretamente, y si hallas
que es verdad, seguir tu intento,
y castigar si te engañan.
- REY. Dices, Ramiro, muy bien:
yo confieso que fué tanta
mi pasión, que me cegué
de enojo.
- CONDE. Pues ya es pasada,
envía á quien con secreto
lo sepa.
- REY. Esa confianza
de ti solo quiero hacer.
CONDE. Por cristal ves mis entrañas.
REY. Hoy has de partir.
- CONDE. Al punto.
REY. Que si tu verdad ensalzas,
á Violante restituyes
su honor, y á mi toda el alma.
- SANCHO. ¿Así se pasa su alteza
sin ver? ¿No le sobra nada
que dar á quien tanto tiene?
- REY. ¡Oh, Sancho! ¿Cómo te hallas
en la corte?
- SANCHO. Mal, señor,
porque no como en tu casa
sino esperanzas, manjar
de poquísima sustancia.
REY. Quéjate de Don Ramiro

si otra posesión no alcanzas
que cuantas él te conceda
tendrás.

- SANCHO. Tus reales patas
beso más de treinta veces.
(Vase el Rey.)

ESCENA XIV

El CONDE y SANCHO.

- CONDE. Sancho amigo, escucha, aguarda:
en ti mi remedio estriba,
pero temo.
- SANCHO. ¿Por qué agravia
mi lealtad, noble Ramiro,
con esas desconfianzas?
- CONDE. Como te fié la vida,
hoy quiero fiarte el alma,
ó todo el secreto della.
- SANCHO. Tuyo soy, prosigue, acaba.
CONDE. Yo soy el conde de Urgel,
en quien fortuna contraria
á los pechos de la envidia
alimentó las desgracias
del conde Don Pedro Anzures,
cuya lealtad en su patria
túmulos tiene, y altares
por todo el orbe su fama.
Soy tercer nieto, la reina
de Aragón, mi prima hermana,
á quien ausente venero,
si rigurosa me agravia.
Desde la edad que anochece
sobre aborrecida plata,
á la que amanece y brilla
tan agradecida el alba,
fui en Aragón bien querido,
celebráronse mis galas,
honré las paces con fiestas
y las victorias con armas.
Tuve un deudo, y si la envidia
toca en sangre, no hay tan brava
fiera ponzoñosa y triste,
y más con desconfianzas.
Este ambicioso, corrido
de ver que yo me llevaba
la voz del pueblo, y quizá
con otra vil esperanza,
intentó darme la muerte,
que enterneció las montañas,
dejándome cual me hallaste.
Quisiera entre peñas pardas
pasar en tu compañía
la que gocé en tu cabaña,
mas temí, que el perseguido
tiene siempre á la garganta
la ira del ofensor,
cuchillo que le amenaza.
Sirvo al Rey, y quiere agora
que á Aragón parta mañana
sólo á aventurar mi vida
por ciertas sospechas falsas.
En tu cabaña estaremos
los días ó las semanas
que en ir y volver pudiera
ocupar.
- SANCHO. ¡Famosa traza!

Tu historia á piedad me mueve.
Ven, señor, ordena y manda,
que en mí hallarás el que fui.
CONDE. ¡Oh, verdad divina y santa!
¡qué ofendida vives siempre
en las cortes, y qué amada
en los montes, donde asistes
hasta que á los cielos pasas!

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

El REY DE NAVARRA y la Infanta DOÑA BLANCA, con
lucido acompañamiento, salen por una puerta. El
CONDE DE URGEL y SANCHE, ambos de camino, salen
por otra.

SANCHE. Aquí están sus altezas.
REY. Seas, Ramiro,
bien venido.

CONDE. Señor, si á veros llevo,
feliz suceso aquí dichoso aspiro:
que vengo bien he conocido luego
que besé vuestros pies.

REY. De nuevo admiro
tu valor.

CONDE. El alma que os entrego
os dirá cómo os sirven mis lealtades.

REY. ¿Supiste de verdad?

CONDE. Y mil verdades.
Llegué á Aragón al tiempo que salía
la Reina antes que el sol, como su aurora,
dando hermosura al campo, luz al día,
ya de todo divina vencedora.
Numeroso escuadrón, que ordena y guía,
luciente arnés, que con los rayos dora
del cabello que esparce por el viento,
su beldad me dijeron y su intento.
De tus desprecios, gran señor, quejosa,
sus gentes mueve con valor divino,
y el limpio acero ciñe valerosa,
ya retrato de Pallas peregrino:
piensa, señor, que estaba más hermosa
cuanto más enojada la imagino;
extremo de beldad que la asegura
si el enojo escurece la hermosura.
Veloz caballo oprime, hijo del viento,
criado en las riberas andaluzas,
blanco, por ser del sol, en cuyo asiento
salió, dando á la tierra nuevas luces.
Temblaran de su brío y ardimiento
con que alentaba sus cristianas cruces
cuantas moriscas lunas tiene España

hasta la gran ciudad que Genil baña.
Llegó Violante á Ebro; el claro río
suspendió de sus aguas la corriente;
cuajó el vapor, en vez de otro rocío,
perlas que guarnecieron el Oriente;
coronó de jazmín á su albedrío
y de claveles la sagrada frente:
vuelve la Primavera á sus pensiles
vertiendo rayos, derramando Abriles.
¿Qué le podré decir á vuestra alteza
de su hermosura, pues me atrevo en vano,
que ha de anegar el mar de su belleza
la misma esfera del ingenio humano?
Si la estampa rompió naturaleza
¿quién posible juzgó la autora mano
de perfección igual? Mal me desvelo,
que el cielo ha de acabar lo que es del cielo.

(Dale un retrato.)
REY. (Aparte al Conde.)
Yo admiro en tu retrato su hermosura.

DOÑA BLANCA. (Aparte.)
¡Notable encarecer! Si el alaballa
nace de amor, terrible desventura.

REY. Entré pintura vuelvo á contemplalla.

DOÑA BLANCA. (Aparte.)
Vióla, es hermosa; hoy muere mi cordura
á manos del silencio. Sufre y calla,
cobarde corazón, si entonces fuerte
diste la vida á quien te dió la muerte.

CONDE. Informéme de todos con secreto;
supe que vive el Conde, y que atrevido
al cielo, á su valor, á su respeto
noble, un traidor cobarde, fementido,
la causa fué de tan contrario efeto.
Con su engaño á los tres os ha ofendido,
á ti, á la Reina, al Conde; porque todos
pueden quejarse por diversos modos.
La Reina, de la ofensa que le has hecho,
sintiendo mal de su virtud; el Conde,
del nombre indigno de su noble pecho,
si el castigo á la culpa corresponde;
tu alteza, puesto en tan notable estrecho
con tan furiosa guerra, pues adonde
llega con tal poder la Reina, luego
publica su rigor á sangre y fuego.

REY. Forzosos son, Ramiro, mis enojos,
porque podrá Violante hacerme guerra
con los hermosos rayos de sus ojos
más que con sus soldados en mi tierra.
Publique su victoria los despojos
que en mi rendido pecho amor encierra,
después que tu alabanza y mi deseo
deshacen el engaño en que me veo.
Salga mi gente, no á estorbarle el paso,
á prevenirle sí dichosa entrada.
Llegue el sol de Aragón á hacer su ocaso
en mis brazos, pues bella, aunque enojada,
piadosa sentirá que ya me abraso
con alma amante agora, si culpada
de aquellos pensamientos atrevidos,

que amor hiere también por los oídos.
Mi general te nombro en esta empresa,
y yo he de ser, Ramiro, tu soldado.
Priesa me da el deseo, date priesa:
hoy al campo saldréis, y yo á tu lado.
Tu aumento empieza, y mi cuidado cesa
si me conduces donde, disfrazado,
pueda ver á la Reina.

CONDE. Soy tu hechura.
REY. Ven, y dirásme más de su hermosura.
Hermana, adiós.

DOÑA BLANCA. El guarde á vuestra alteza
(Vase el Rey con su acompañamiento.)

ESCENA II

El CONDE, DOÑA BLANCA y SANCHE.

SANCHE. Señor, la Reina viene.
CONDE. ¿Quién lo ignora?
Cierto aviso he tenido.

SANCHE. Tu agudeza
sola pudiera haber fingido agora
el viaje que has dicho.
(Vase andando el Conde poco á poco, y
la Infanta mirándole.)

DOÑA BLANCA. (Aparte.)
¿Otra belleza
ha de escuchar que alabe quien le adora?
¿Lo que no pudo amor, piadosos cielos,
contra mi honor, han de poder los celos?
Ramiro.

CONDE. (Deteniéndose.) Señora mía.
D.ª BLAN. ¿A dónde vais?

CONDE. A servir
al Rey. Voy á prevenir
mi partida, que me envía
su alteza á estorbar el paso
á la reina de Aragón.

D.ª BLAN. Notable satisfacción
tiene de vos. (Yo me abraso.) (Ap.)
Si es como vos la pintáis,
es intento temerario,
que para tan gran contrario
poca defensa lleváis.

Aunque es tal vuestro valor,
no sé si acierta su alteza,
que tan superior belleza
es fuerza matar de amor.
Lástima tengo de vos,
y así el peligro os advierto.

CONDE. Ha tanto que amor me ha muerto,
que yo imagino, por Dios,
que ya no ha de hallar en mí
vida que poder quitar.

D.ª BLAN. Si, porque tanto alabar
eso mismo dice aquí.

Los bellos soles, los ojos
tiraron rayos ó flechas
que yendo al alma derechas
dieron mortales enojos.
O todo el divino cielo,
digo, el rostro que retrata
su hermosura 1.

CONDE. Quien me mata
es fuego que cubre un hielo,
un cielo hermoso y sereno
que en mí fulmina rigores,
un áspid entre las flores,
y en vaso de oro un veneno.

D.ª BLAN. ¿Tanto rigor? (Vuelvese á ir el Conde.)
CONDE. ¡Ay, de mí!
D.ª BLAN. (Ap.) (Honor, con celos no puedo
resistirme; más mi miedo
me anima: yo me perdí.)
Ramiro, oye, para 2
(Detiéndose el Conde.)

el ligero curso,
que pueden sospechas
lo que amor no pudo.
Piérdanse los reinos,
ya los aventuro,
que es vida del alma
el vivir con gusto.
Publiquen mis males
las penas que sufro
desde que mis bienes
te hallaron difunto.
Reconoce ingrato,
adorado injusto,
que huyes en vano
si en vano te busco.
Negar sus pasiones
supieron muchos,
sospechas ni celos
no supo ninguno.
Sepan que te adoro,
publiquelo el mundo;
morir por callar
no es buen disimulo.
Mi bien, no te ausentes,
que en tan fuerte punto
llorarán mis ojos
efectos tan suyos.
Cantarán entonces
sobre arroyos turbios
viudas tortolillas
llorados arrullos.
Parece que ya
al alba madrugo,
bañando ellas rosas
y yo eterno luto.
A Aragón te vas,
¡ay, Dios! no te culpo,
que es Violante hermosa,
y alábasla mucho.
Si de mí te acuerdas,
que llegues presumo
ciego para verla,
para hablarla mudo.

1 Pasaje ininteligible como no deba de leerse: «y todo el divino cielo», etc.

2 En el original «esperas»; errata indudable.

CONDE. No busques mi muerte cuando el alma ocupo contemplando ausente las glorias que tuvo. Hermosa señora, por quien el buril del sol en su esfera se afrentó de ti. Milagrosa imagen, que entre oro y marfil tocó la azucena retocó el carmin: cazadora de almas, ¿quién podrá huir? que es cebar con gloria generosa ardid. Cuando muerto estuve, mi bien, sin sentir vos, vida, y yo, alma, nos dimos allí. Pagué de contado; ya, ¿qué me pedís? Sin alma y sin vos, ¿qué he de ver ni oír? No se vista el sol de ageno turquí, dejaldo á mis ojos que van á morir. Soberana Infanta, mi gloria, advertid si vos os quedáis, que yo voy sin mí. El Rey, mi señor, me manda partir, amor, que no parta, y vos, ¿qué decis? Llorar puede el sol, cerca está mi fin, que el rigor la espada colgó en mi cenit. Bien hayan los celos, bienes para mí; bien haya la ausencia, pues puedo decir que gozo por ella lo que no creí.

SANCHO. *(Que está suspenso mirando al paño, dice:)* Hermosa Tirrena, escúchame tú, que también me ausento vestido de azul. De satisfacción no lleno un almud, de sospechas sí que llevo un baúl. Quisiste la corte, forzosa inquietud donde hallar pensaste riquezas del Sur. Defiéndete, amiga, mira la virtud, que en la corte haya gente de Cafarnaún. No quieras que yo pierda la salud si no sé la pe por saber la cu;

ni que en nuestros montes casado avestruz digiera tinteros en mi juventud. Dicen que los pastos son ya de común; cátese con esto algún Bercebú. Si del caracol no llevo el testuz, que lo temo, juro á Dios y á la cruz.

CONDE. Cuando fortuna y valor del uno el otro envidioso quieren hacerme dichoso, es mi desdicha mayor.

D.^a BLAN. En tan dudoso quedar, y en tan forzoso partir, ¿Qué has de hacer por mí?

CONDE. Morir.

D.^a BLAN. ¿Y tú en mi ausencia? Penar.

CONDE. Muerto voy.

D.^a BLAN. Sin alma quedo. Mi bien, ¿volverás?

CONDE. Mi bien, adiós.

D.^a BLAN. Adiós.

SANCHO. Yo también voy muerto, mas [es] de miedo. *(Vanse el Conde y Sancho.)*

ESCENA III

DOÑA BLANCA

Fuese al fin. Ya que mi estrella me inclinó, ya que homicida le di á Ramiro la vida, porque me mate con ella; si ya mi honor y recato quitaron á amor la venda, si no temo que se entienda el bien que estimo y que trato, ¿cómo en tan dudosa calma dejo que parta? ¡Ay, sospechas, flechas de amor! ¡Qué derechas llegáis penetrando el alma!

ESCENA IV

DOÑA BLANCA Y SANCHO

SANCHO. ¿Volvió el Conde á estar aquí?

D.^a BLAN. ¿Qué Conde?

SANCHO. *(Aparte.)* ¿Qué hice?

D.^a BLAN. Responde: ¿no vienes buscando al Conde?

SANCHO. ¡Yo buscando al Conde!

D.^a BLAN. Sí.

SANCHO. Por Ramiro preguntaba. *(La lengua se deslizó, (Aparte.)* que está en agua, y descubrió el secreto que guardaba. ¡Pesar de mí!

D.^a BLAN. Aguarda, espera.

SANCHO. Vuelvo, señora, á buscar á Ramiro.

D.^a BLAN. Quiero hablar contigo.

SANCHO. Estará allá fuera esperando, mi señora, que hoy nos hemos de partir.

D.^a BLAN. Primero me has de decir...

SANCHO. Voy con mucha prisa agora.

D.^a BLAN. Solá una verdad.

SANCHO. Ninguna puedo saber que te importe: cuanto ha que estoy en la corte no he llegado á alcanzar una.

D.^a BLAN. Toma esa cadena.

SANCHO. ¡Fuerte ocasion! ¿Cebo me pones? No saldré de tus prisiones.

D.^a BLAN. ¿Es Ramiro Conde?

SANCHO. Advierte: este es el conde de Urgel; no Ramiro, don García es su nombre. *(¡Ah, lengua mía, (Ap.)* qué poco habéis sido fiel!)

D.^a BLAN. ¿Pues cómo tú lo has sabido?

SANCHO. Cuando á Aragón le mandó partir el Rey, se quedó en mi casilla escondido, y me contó de la suerte que la reina de Aragón, á fuerza de una traición intentó darle la muerte donde llegó tu piedad á darle la vida.

D.^a BLAN. Admira su historia.

SANCHO. De su mentira he sacado esta verdad. Si me ha engañado, y te queda algo por saber, mejor lo sabrás dél.

D.^a BLAN. *(Ap.)* Necio amor, ya no hay más mal que os suceda.

SANCHO. ¿Iréme?

D.^a BLAN. Tú eres discreto: no le digas nada al Conde.

SANCHO. Como en un mármol se esconde en mí, que soy muy discreto.

D.^a BLAN. Vete con Dios.

SANCHO. Él te guarde. *(Vase Sancho.)*

ESCENA V

DOÑA BLANCA.

¿A dónde vais, confianza, si ya con necia alabanza hará de mi amor alarde? Mi atrevido desvarío, ¿qué espera de un necio amante? Si del favor de Violante se alabó, ¿qué hará del mío? ¡Triste de mí, que se fué, que se alaba, que ha querido á la Reina, que he perdido la esperanza, que le amé! ¿Daré voces que en mi agravio suspendan los aires? ¡Cielos! ¿diré mi amor, ó mis celos?

¿que fui necia, ó que no es sabio? ¿quejaréme al Rey mi hermano? ¡Ay, de mí! ¡qué loco error! si ya le dije mi amor, que ya le publique es llano. ¡Cielos! ¿cómo en un sujeto caben traición y nobleza, en mal ingenio agudeza y en fácil lengua secreto? ¡Qué rigurosos enojos! ¿Por qué, cielos, ofendidos no tapásteis sus oídos ó no cegásteis mis ojos? En vano lloro y suspiro: ¿no fuera mejor morir?

ESCENA VI

DOÑA BLANCA Y ESTELA.

ESTELA. ¿No quisiste ver partir, señora, al galán Ramiro? Salió gallardo, y con él dicen que va de secreto el Rey.

D.^a BLAN. ¡Qué amoroso efeto! Fué siempre el conde de Urgel un gallardo caballero.

ESTELA. ¿Ramiro es Conde?

D.^a BLAN. ¡Ay, de mí! Estela, no estaba en mí. ¿Qué haré? ¿qué remedio espero? ¿que se ha partido mi hermano?

ESTELA. A Aragón dicen que va por la posta.

D.^a BLAN. ¿Dónde está mi resistencia, que en vano me defiende? Llama, Estela, en mi cuarto á mis criados todos: ¡qué extraños cuidados! no á todos, llama á don Vela y á don Sancho.

ESTELA. Al punto voy.

D.^a BLAN. Cobardes atrevimientos, ¡qué de varios pensamientos me afligen! muriendo estoy. Conde, espera; ¡qué bizarra llegará tu estimación á ostentar en Aragón presunciones de Navarra! *(Vanse.)*

ESCENA VII

LA REINA DOÑA VIOLANTE, muy bizarra, con manteo y vaquero, espada y sombrero con plumas; RICARDO Y NUÑO, con plumas y bandas; SOLDADOS.

REINA.

Los campos de Navarra son aquellos, y este es el postrero límite, soldados, de Aragón, y ya espero ver en ellos todos mis escuadrones alojados. La ocasión me presenta sus cabellos, puesto que los navarros descuidados, no de vuestro valor, de nuestra guerra, no previenen defensas de su tierra. Hoy su Rey atrevido, cuanto necio, tendrá de su locura el desengaño

y yo satisfacción de su desprecio;
castigo justo de tan loco engaño.

RICARDO.

Yo, señora, que soy el que más precio
tu servicio, prevengo el grave daño
que puede resultar desta jornada,
que es ya menos dichosa que acertada.
No quieren Rey los de Aragón, leales,
extranjero, su amor les llama y mueve;
mira, señora, si á buscarle sales,
qué medio has de tomar, que si se atreve
con la ley que milita en casos tales,
teniendo á quien seguir la común plebe,
fuerza padecerás, que el pueblo inquieto
en perdiendo el temor, pierde el respeto.

REINA.

Ricardo, ¿dónde está la valentía
que tembló el africano en sus arenas,
valor, que ya con la opinión vencía
ganado con la sangre desas venas?
¿Cómo en su patria teme quien solía
ser ausente temido en las ajenas?
¿Un villano tumulto os acobarda
que en deshacerse, lo que en verme, tarda?

RICARDO. (Aparte.)

Por más remedios, ciego amor, que intento
fuerte rigor de mi fatal estrella,
no puedo disuadir su pensamiento.
Si á casarse ¡ay, de mí! llega con ella
el Rey, mis esperanzas en el viento
se fundaron: ¿qué haré? Violante es bella,
grande mi amor, si su desdén extraño.
Quiero valerme de otro nuevo engaño.—
No tan sólo el navarro te ha ofendido,

(A la Reina.)

gran señora, negando tu belleza
al cielo desos soles atrevido,
que de tu honor la soberana alteza
humilla, ofende, culpa inadvertido,
puesto que hoy he sabido con certeza
que vive el Conde, y que con él milita,
y en su venganza la opinión te quita.

REINA.

¿El Conde vive?

RICARDO.

Dile mil heridas,
la menor, fiera y menos espantosa,
para rendir por ella dos mil vidas
en manos de la muerte rigurosa.
Andaban por el monte divididos
tropas de cazadores, y dudosa
fortuna me obligó á que le dejase
donde Teobaldo sin morir le hallase.
Hallóle al fin, y con piedad impla
se le quitó á la muerte, deseando
saber la causa, que contó García
su gran maldad, sobre tu honor cargando.
Esta es la información que ya tenía
de tu grandeza y excelencias cuando
no dió audiencia Teobaldo, ya ofendido
de lo que fué por él tan pretendido.

REINA.

Disculpa tiene el Rey, si el Conde aleve
tan falsamente le informó en ofensa
de mi opinión.

RICARDO.

Ya la pasión te mueve,
que no tiene tu agravio recompensa.
A tu deidad igualmente se atreve
quien lo cree, quien lo dice y quien lo piensa;
y así, señora, el Rey te ofende al doble,
que más injuria y honra el que es más noble.

REINA.

Decís bien, y de mi villano Conde,
atrevido á mi honor, pariente ingrato,
pues tan mal á su sangre corresponde,
de su nuevo castigo sólo trato,
no de casarme ya. Si el Rey le esconde,
no le podrá guardar con tal recato
que no llegue el cuidado á la venganza:
ya el cielo me asegura esta esperanza.
Quien me entregare al Conde, preso ó muerto,
ese ha de ser mi esposo. Caballeros,
este es mi intento; ya del os advierto:
manchad en su vil pecho los aceros.
Por más seguridad de este concierto
mi palabra real quiero ofreceros,
que siendo noble gozará mi mano
quien me diere venganza del tirano.
Haceldo publicar, sépanlo todos.

RICARDO.

Cuerdo consejo tomas. (¡Cielo santo! (Ap)
¡por qué pensados y diversos modos
me das el bien que dificulto tanto!

NUÑO.

Sangre ilustre me anima de los godos
á tal empresa. No me causa espanto
que se ampare del Rey. Buscaré al Conde,
si en sus senos la tierra no le esconde.
Yo me parto á servirte. (Vase.)

RICARDO.

Y yo, señora,
nuevo valor ofrezco en tu venganza
si corro cuanto el sol alumbra y dora.
(Aunque va bien segura mi esperanza, (Ap)
pues muerto el Conde, como es cierto, ahora
mi nueva industria la corona alcanza.
El cuerpo buscaré en aquel desierto,
que basta que le traiga preso ó muerto.)
(Vase Ricardo.)

ESCENA VIII

La REINA. Luego, XIMÉN, soldado.

REINA. Si es de mujer mi venganza,
también es fuerte mi ofensa,
pues no pueden mis piedades
ni olvidarla, ni temerla.
XIMÉN. De un caballo, hijo del viento,
un caballero se apea,
á quien tan sólo acompaña
un criado. A vuestra alteza
del parte del Rey nos dice

que quiere hablar.

REINA. En mi tienda
entre él no más.
XIMÉN. (Dirigiéndose al Rey.) Entrad solo.
que ya os aguarda la Reina.

ESCENA IX

DICHOS y el REY DE NAVARRA, muy galán
con botas y espuelas.

REY. Beso los pies, gran señora.
REINA. Alzad.
REY. (Ap.) ¡Divina belleza!
Poco la alabó Ramiro,
y mucho mintió su ofensa.)
El Rey, mi señor, señora,
dice... ¡ay, Dios! ¡si dijera
un nuevo efecto de amor!) (Ap.)
¿Qué dice el Rey?
REY. Que le pesa
de haberos dado ocasión
de que con tan dura guerra
le amenacéis, porque teme...
¿Qué teme?

REINA. Morir en ella,
que es poderoso el contrario,
pues con divinas fuerzas
no hay resistencias humanas,
si vuestra alteza pelea
con vivos rayos que abrazan,
con bellas luces que ciegan,
estos en soles hermosos,
y en claros cielos aquéllas.
REINA. Lisonjas después de agravios
no me obligan, pues me enseñan
que antes fueran alabanzas
las que ahora son afrentas.
Suspenda el temor el Rey
si no le espanto por fea,
que esta es la mayor batalla
que temió siempre su alteza.
Decilde que á las mujeres
muy pocos discretos llegan
con tan claros desengaños,
ni con verdades tan necias,
que aun del tiempo no lo sufren,
y que su alteza pudiera
dar otra causa á mi agravio,
si no más justa, más cuerda.

REY. Diréle al Rey, vive Dios,
su necedad, vuestras quejas,
su engaño, vuestro valor,
su dicha y vuestra belleza.
Discúlpele que os adora,
y que ya rendido llega
á vuestros pies, donde humilde
vuestras victorias confiesa.
Las cadenas de Navarra
os rinde, porque con ellas
al carro de amor le atéis,
que es dulce prisión que espera.
Esto os digo de su parte:
¿qué le diré de la vuestra?
REINA. Que cuando pensé acabar
nuestros enojos, se aumentan,
puesto que al conde de Urgel

he sabido que en mi ofensa
ampara en su reino ahora.
REY. Ha engañado á vuestra alteza
quien dice que el Rey al Conde
favorece, sabe ó piensa
que esté en Navarra.

REINA. Decilde,
que hasta que el Conde parezca
he propuesto no casarme,
y sólo quiero que sea
mi esposo quien me le diere,
ó preso ó muerto, en mis tierras:
si el Rey estima mi mano,
búsquele.

REY. Su diligencia
veréis, señora, y que estima
daros gusto; pero es fuerza
que aunque no parezca el Conde
os caséis. Saber quisiera,
si esto no fuese posible
que hará por el Rey la reina
de Aragón?

REINA. Lo que os he dicho,
mi resolución es esta.
(Vanse la Reina y Ximén. Sale el Conde.)

ESCENA X

El REY DE NAVARRA y el CONDE DE URGEL.

CONDE. Cuidadoso me ha tenido,
esperando como queda
de sus enojos Violante.
REY. Ni piadosa, ni severa,
y yo más enamorado:
es hermosa y es discreta.
Mintieron mis pensamientos
y mintieron mis sospechas,
mintió el vil que me engañó,
y miente quien no confiesa
que puso advertido el cielo
todo su retrato en ella.
CONDE. Según eso, mis verdades
ya tu desengaño aprueba:
dichoso he sido en servirte.
REY. Y yo, Ramiro, lo fuera
si hoy mereciera su mano.
CONDE. ¿Pues quién lo estorba?
REY. Mi estrella.
Pideme el conde de Urgel,
á quien dice que en mi tierra
amparo en ofensa suya,
y dice que está resuelta
en no casarse, hasta tanto
que ya en su poder le tenga.
Con tan grande extremo sigue
este intentó, que se entrega
á sí misma al que le diere,
preso ó muerto, su cabeza.
CONDE. ¡Gran rigor!
REY. Y gran venganza.
Mujer, al fin. ¡Quién supiera
del Conde, Ramiro amigo,
que adoro ya su belleza!
¿No dijiste que vivía?
CONDE. Dicese por cosa cierta
en Aragón, pero nadie,